

POETAS Y PROSETAS. La poesía que no es.

Quintín Calle Carabias,
 Doctor en Filología Moderna y Presidente de la Sociedad Erasmiana de Málaga

De un tiempo acá los amantes del verso andan confusos por no ver lo que se anuncia en titulares. Diríase que la inercia de la lengua juega una vez más con el poder sugerente de la palabra. La pluma de ganso cedió ante la mecánica sin dejar por ello de llamarse igual. A veces se añade ‘estilográfica’ (punzón para escribir), pero pronto desaparece por demasiado larga. Así que, entre pluma y estilográfica, mejor la primera, por ser más corta y la de siempre. Y ahí está la pluma que no es, ocupando un espacio privilegiado en el léxico de nuestras lenguas neolatinas. Hay ejemplos de sobra para mostrar la inercia de la lengua; pero bástenos éste por pertenecer al campo semántico de la escritura y las letras.

La poesía evoluciona –como la lengua y la vida misma–, síntoma de que está viva. La cantidad silábica y el ritmo (estructura regular de sonidos largos y breves, fuertes y débiles) bastan al griego y latín para construir poemas. Y así, línea tras línea, volvía la misma combinación, llamada por ello verso. Si al todo se añadía la danza y el sonido instrumental, se armaba con el poema el compás (paso con paso), con su *arsis* (anacrusa) y su tesis, su ritmo (fuerte-débil) y su juego binario, ternario y compuesto. De ahí que tanto la poesía como la música se ‘componían’ e iban de consenso. Hablamos de la musicalidad del lenguaje verbal, de su capacidad para hacer música, descuidando el bagaje conceptual de la palabra para perderse en el mundo del sentimiento por la magia de sonido y la vuelta de su eco. Hay hoy poemas larguísimos cuyo carácter poético no sobrepasa el título del intento. ‘Tiento’ llamaba Cabezón a las variaciones. Pues de eso se trata, de un *ricercare*, *rechercher*, buscando el modo de acceder a lo profundo del sentimiento dejando atrás los sentidos y lo palpable del verbo.

Luego, cuando dijeron que el latín y el griego habían muerto, siguió el mismo juego, al que se añadió la rima (ritmo silábico final de línea). Es obvio que, si sólo era un añadido, nunca fue esencial al verso: sin ella había empezado la poesía y sin ella iba a seguir siendo. Pero no, no era sólo la rima lo manido para el poeta moderno. Buscaba algo que nada tuviera que ver con el pasado: ni ritmo ni rima ni música ni compás. Tan sólo lo nuevo. ‘Nueva poesía’, arte moderno. Todo un invento que ha venido a dar en una prosa truncada cargada de pensamiento. Nuevo será, ¿pero habrá algo más antipoético? Y así, cada poeta ha venido a ser ‘proseta’ sin proponérselo. Por inercia, como decía al comienzo. Y no pretende esto ser

lamento, sino queja de tan malos pioneros. –Siendo todo así de fácil, hasta yo puedo ser poeta–, dicen en la retaguardia. Y se lanzan al ataque sin más bagaje que una pluma y un papel. El incrédulo lector se pregunta si los poetas de antaño –los que decían que «la música ante todo» era la esencia del verso– estaban equivocados. Música, sí, melodía, ritmo y armonía, la magia de la palabra. ‘Arte’ es vida; ‘inerte’, el (peso) muerto de la inercia y mantiene el nombre de lo que ya no es; pero tampoco nuevo. Nada sin vida puede revivir lo muerto. ¿Y el pensamiento? Poeta truncado, mejor déjalo en su cuerpo de doctrina, que al menos sabremos si estar o no de acuerdo; porque poesía es sentir y sentirse transportado a un mundo espiritual, que es el cielo. Al principio era Zeus quien ‘entusiasmaba’ al vate, lo in-spiraba, le infundía el espíritu (aire) con el que lograba presentir el principio y fin del ser. ‘Vaticinio’ era su canto (canto del vate) y profético su cuento de un mundo ajeno a la razón y alejado del pensamiento, pues sentir no es razonar, ni razón el sentimiento.

Hasta el siglo XIX sólo había maestros, autoridades en la materia, que servían de ejemplo. Entonces reapareció el ‘pionero’, ‘abrecaminos’ a finales del XV, con el descubrimiento de nuevos territorios. Eran los avanzados –pocos– que ‘a pie’ abrían y hacían transitables las trochas que habrían de seguir multitudes. Ahora, al parecer, pioneros somos todos con sólo llamar ‘nuevo’ al deseo de aparentar lo que «el cielo no quiso dar», sin saber por qué. Porque sí, que esa es «su gracia», según dice don Miguel, autor de un Quijote que, sin blasonar de poeta, se quejaba de «la razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece que con razón me quejo de la vuestra fermosura». Todo un tratado musical oculto: la tensión épica creada por el reiterativo timbal (-zón, -zón, -zón, -zón...) se resuelve de pronto en el remanso final de la palabra clave (fermosura), tetratónica en gradación y melodía conclusiva perfectas: e-o-u-a. La -e- (tono medio de timbre agudo) desciende a -o- (tono medio de timbre grave), y luego a -u- (tono y timbre más graves de la escala vocálica) para concluir en -a- (tono más agudo y timbre equilibrado, siendo por ello la vocal más clara y de mejor sonoridad). Entre medias, un acompañamiento orquestal de consonantes de baja frecuencia: f-r-m-r (fricativa-líquida-bilabial-líquida) hacen de esa palabra un elemento naturalmente poético. Tras esta explosión de musicalidad, el trabalenguas del gracioso retruécano es pura anécdota.

El lector sensible a la poesía es capaz de verla en los lugares menos pensados, como puede ser un tratado gramatical. Chomsky propone un ejemplo de agramaticalidad que resulta un verso de gran musicalidad: *green ideas sleep furiously* (verdes ideas duermen furiosamente). Tres chillonas -i- preceden a *furiously* justificándolo. Entre tanto marasmo poético, también cabe encontrar fina poesía, como en este pequeño *haiku* de A. García Velasco: «Abeja y flor, / breve amor compartido / de primavera». Pura delicia musical y un mundo de sugerencias. En música (y

demás artes) se da la misma paradoja. Strawinsky la denunció en su *Poética musical*; pero hay un criterio cierto: si el oyente no es capaz de encontrar una simple melodía, ¿acaso puede su autor esperar otra cosa que desidia en la multitud que espera seguir la senda de la tierra prometida? Por nada del mundo quisiera parecer aquí como el niño maleducado del cuento del rey desnudo.